



A los treinta y cinco años, estando en Madrid, miré alrededor y no me gustó nada de lo que vi. No siendo partidario del suicidio, ya que en el fondo soy un haragán, decidí volver al lugar del que salí. Sabía que todo era cuestión de concentrarse. Si yo hubiera podido vivir entre paréntesis, ser un español entre paréntesis, no habría acudido a ese expediente. Pero eso es imposible. El primer esfuerzo de concentración que hice me condujo a los veinte años. Fue maravilloso. Vi a todas las muchachas que amé, eran tan jóvenes y hermosas como entonces. Yo me sentía menos canalla. «¿Por qué no quedarme aquí?», me dije. Fue la primera tentación. Sin embargo me concentré de nuevo, y bajé hasta los doce años. Juro que había olvidado ya mi pequeña motocicleta. Me subí a ella y el viento y la vida me azotaron jubilosamente, el mundo pasaba por mis ingles. Corrí hasta que se acabó la gasolina y la



motocicleta se detuvo, con unos leves espasmos. Tuve fuerza suficiente para inhibirme de aquella perspectiva, recogerme sobre mí mismo y cumplir mi firme determinación. Algunas horas después tenía cinco años. Lo primero que hice fue caerme por las escaleras y abrirme una brecha en la frente. También gemí como un cerdito, esa es la verdad. Nunca, como a los cinco años, se tiene tan clara conciencia de la estupidez humana, en general, y de la del padre de uno, en particular. Nadie disimula a tu alrededor. Pero hay algunas comodidades, puedo asegurarlo ahora. Uno me a donde

le da la gana, por ejemplo, y si quieres puedes aplastar las croquetas. A veces te pegan, pero no demasiado fuerte, y siempre hay alguien que sale en tu defensa. Así y todo, yo tenía algo que hacer y volví a concentrarme. Llegué a los seis meses de edad. Lo primero que me asaltó fue el complejo de Edipo. Si a los cinco años pensé que mi padre era un estúpido, ahora lo veía como un competidor desleal respecto a mi madre. Aquella señora era mía, nada más que mía, no del tío sinvergüenza aquel. Me concentré sin dificultades y me vi de una hora de edad. Horroroso. ¿Qué habían hecho conmigo? Monstruos grotescos me rodeaban haciéndome sufrir. La muerte antes que volver a tener una hora de edad. Estaba llegando al fin de mi plan. Me esforcé lo que pude y me descompose en especie seminal, y, estando aún medio vivo, mi padre me recuperó. Solemnemente declaro que nunca me he sentido tan feliz. ■ LICANTROPO.